

y pueden aun verse obras muchas en cierto escrito lleno de animacion cuyo título es *Cartas de la Girafa al Bajá de Egipto*. Hé aquí ahora lo que nuestros vecinos piensan acerca de esta censura: cosa que los periódicos están muy lejos de podernos decir.

Ocioso me parece el volver á repetir el artículo del *Correo inglés*, citado anteriormente en mi folleto *Sobre el restablecimiento de la censura*, ni el artículo del *Times*, de que hace mencion el autor de la *Carta de la Girafa al Bajá de Egipto*.

En este instante acabo de recibir de uno de mis nobles colegas los siguientes documentos que me apresuro á poner en conocimiento del público.

Al Señor redactor de...

Muy señor mio:

«Dispensad que me valga de vuestro periódico para expresar mi profunda gratitud por los numerosos testimonios de amistad y de aprecio recibidos por parte de mis honorables hermanos de armas de la antigua Guardia Nacional de París. No siéndome posible responder á las multiplicadas cartas y pruebas de benevolencia con que diariamente se dignan honrarme por el discurso que pronuncié en la tribuna de la cámara de los Pares en 19 de junio, permitid que por conducto de vuestro periódico pueda darles las gracias, manifestándoles cuan sinceramente apruebo sus opiniones, y suplicándoles se dignen creer que mi adhesión y gratitud siempre irán al par de la respetuosa admiración que profeso hácia aquel ilustre cuerpo cuyo recuerdo conserva la patria con tanto dolor como gloria.

«Dignaos, señor mio, aceptar la sincera expresion de mi voluntad y el distinguido respeto que os profeso.

El duque de CHOISEUL.»

Paris, julio de 1827.

M. Armand Bertin, por medio de una carta cuya fecha es del 8 de julio, hizo saber al señor duque de Choiseul que el anterior remitido habia sido borrado por la censura en el *Diario de los Debates*.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL Á M. EL VIZCONDE DE BONALD.

«SEÑOR VIZCONDE:

«Siendo par de Francia, habeis aceptado el ejercicio de funciones en el comité superior de la censura; permitidme pues, que como colega vuestro en la Cámara de los Pares, tenga el honor de consultaros sobre un hecho que me concierne personalmente.

«Por de pronto, debo informaros, que desde el licenciamiento de la Guardia Nacional de París, he recibido despues de mi discurso del 19 de junio en la cámara Alta, una multitud de cartas y de testimonios de gratitud por parte de las personas á quienes por mucho tiempo tuve el honor de mandar.

«No siendo posible contestar á cada una de estas en particular, dirigí antes de ayer la carta cuya copia acompaño á los señores redactores de los *Debates*, del *Correo* y del *Constitucional*. Hace poco, he tenido el disgusto de saber, que mi carta ha sido

borrada, y la censura no ha permitido su insercion en dichos periódicos.

«Sin entrar aquí en discusion de los derechos de un par, y de los de la censura superior, cuestion que me reservo deslindar en otro lugar mas oportuno, he creído deberme dirigir desde luego á vos, señor vizconde, suplicándoos hagais cesar ese escándalo, bien persuadido de que el sentimiento de vuestra propia dignidad y decoro, os obligarán á dar las órdenes necesarias que yo reclamo como par de Francia y como ciudadano francés.

«Dignaos aceptar, señor vizconde, la seguridad de mi alta consideracion,

«El duque de CHOISEUL.»

Paris 9 de julio de 1827.

CONTESTACION DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL.

SEÑOR DUQUE:

Daré cuenta al consejo de la carta que me habeis hecho el honor de dirigir y de la reclamacion que en ella se contiene, sobre lo cual tendré el honor de comunicaros su resultado.

Tened á bien señor duque, aceptar la seguridad de mi alta consideracion.

El vizconde DE BONALD.

Paris 9 de julio de 1827.

Al dia siguiente ó al otro de la anterior contestacion de M. de Bonald, á M. de Choiseul, borró la censura el siguiente artículo que habia sido insertado en el *Constitucional*.

El señor duque de Choiseul ha escrito como par de Francia á su colega M. de Bonald, presidente de la comision de Censura, quejándose de que esta no le habia permitido insertar una carta que habia dirigido al *Constitucional* relativa á la Guardia Nacional de París. M. de Choiseul insiste particularmente en la extrañeza que le causa el que la censura no le permita á un par de Francia usar de la prensa periódica para manifestar sentimientos tan conformes con el honor y el patriotismo.

Por último, en 15 de julio recibió la contestacion siguiente:

Paris 14 de julio de 1827.

«SEÑOR DUQUE:

«El consejo de vigilancia de la censura, en vista de la carta que habeis hecho á su presidente el honor de dirigir, y en la cual V. S. reclama contra la supresion hecha por la censura con referencia á su carta á los señores de la llamada en su tiempo Guardia Nacional de París, dirigida á los periódicos de los *Debates*, *Correo* y *Constitucional*,

«Ha decretado por unanimidad, que se cumpla y sostenga la providencia tomada por la censura, y encarga á su presidente lo ponga en conocimiento de V. S.

«Dignaos, señor duque, aceptar etc.

«El presidente del consejo de vigilancia de la censura,

«El vizconde DE BONALD, par de Francia,

Al señor duque de Choiseul, par de Francia.»

CONTESTACION DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL AL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

Paris 15 de julio de 1827.

SEÑOR VIZCONDE:

«Acabo de recibir la carta que como presidente del consejo de vigilancia de la censura, me habeis hecho el honor de escribir.

«En ella me dais conocimiento de haber el consejo decretado por unanimidad que se cumple y sostenga la providencia tomada por la censura, y no me indicais ninguno de los motivos que pueda haber para obrar de ese modo.

«La inconveniencia de esa forma es el indispensable resultado del primer procedimiento.

«No pudiendo como par de Francia, reconocer por tribunal á un comité de censura; no pudiendo tampoco someterme á otras providencias que á las dictadas por la cámara de los Pares en casos extraordinarios y á las de los tribunales en los casos comunes, me creo obligado á no dejar envilecer nuestra alta dignidad, protestando contra tan culpable violacion de nuestros derechos.

«Dignaos, señor vizconde, etc.

«El DUQUE DE CHOISEUL, par de Francia.»

Es de esperar, que tanto escándalo dará al traste con la censura, y el gobierno no se obstinará en sostener un estado de cosas tan alarmante.

FIN DE LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS.

## ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

### LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS

DE M. DE CHATEAUBRIAND.

LA principal cualidad de un historiador, y lo que con mas derecho puede el público exigir, es la imparcialidad. Sin esta garantía indispensable el lector que para instruirse busca la verdad en una obra, temiendo constantemente marchar por el camino de la mentira ó de la exageracion, y dejándose llevar de un justo espíritu de desconfianza, rehusará dar crédito á las verdades mas incontestables. La imparcialidad, es pues, uno de los mas decorosos sentimientos que deben animar á un escritor, y en obsequio del cual debe sacrificar sus mas caras afecciones. Si se desentiende de este deber sagrado, atrae sobre sí la mas terrible responsabilidad, pues en vez de ilustrar, nos rodea de tinieblas, haciéndonos participar por medio de las falsas descripciones que nos hace de los hombres y las cosas, de su injusta admiracion al vicio que se ha propuesto adular, y de su criminal desprecio á la virtud que ha intentado abatir. Lícito es, sin duda, al escribir la historia de un monarca, echarle en cara su ambicion si realmente la ha tenido; sus crueldades, si ha lavado sus crímenes en sangre para hacerlos pasar por razones de Estado; sus dilapidaciones ó rapiñas si ha arruinado voluntariamente el tesoro; su exagerado amor á la guerra, particularmente si este amor no ha tenido mas base que la injusticia ó siendo inspirado por un falso punto de honor, ha comprometido la libertad y el bienestar de las naciones. Lícito es ciertamente, aborrecer los laureles que adornan sus sienas, cuando no han redundado mas que en provecho suyo, y han provocado guerras, y cuando aquel monarca ha desdeñado las condiciones de una paz honrosa que le proponian tal vez los mismos que se veian injustamente acometidos. Lícito, mas

que lícito, altamente provechoso, es consagrar á la abominacion de las generaciones futuras la memoria de un tirano, trazando el espantoso cuadro de sus crímenes; mas para ser creído y apreciado de sus conciudadanos, para tener con justo título el lisonjero derecho de haberles sido útil, es preciso ante todo que el historiador aspire á no decir mas que la verdad, y tenga el prudente valor de alabar en el tirano lo que realmente sea digno de alabanza. Es preciso que entre las acciones turbulentas y egoistas, sepa discernir las que descuelen notablemente por un distinguido mérito: debe en una palabra el escritor trazar el retrato del tirano con tal puntualidad, que ni se rebajen sus vicios, ni se disimulen sus perfecciones, si es que las ha tenido. Mas si por oposicion de pandillaje se entrega el historiador al prurito de afeard los sucesos; si por resucitar la gloria de un partido arruinado, se empeña en negar la evidencia de algunos hechos anotados ya en las páginas de la historia; si deja en profunda oscuridad las bellezas de un retrato conocido ya de todo el mundo, y solo pone en evidencia las deformidades, lejos de conseguir el objeto que se habia propuesto, no hará mas que acabar de poner en relieve la debilidad de los que se declararon por enemigos de aquel tirano, y la impotencia de todos sus vanos esfuerzos.

M. de Chateaubriand, que con tan justos títulos ha inmortalizado su nombre tomando puesto entre las mas brillantes notabilidades literarias de la Francia, no ha tenido en estas *Misceláneas políticas* toda la generosa é independiente imparcialidad que el mundo podia esperar de hombres de su talento. Es ciertamente sensible, que el mas ilustre y leal defensor de

la rama primogénita de los Borbones, no se haya valido de otros medios para hacer triunfar los derechos y lamentar los infortunios de esa raza. ¿Qué significa en efecto esa acerba y emponzoñada sátira que derrama á manõs llenas sobre Bonaparte, desdeñándose darle la menor alabanza como debería haberlo hecho siquiera para estar autorizado á disfamarle luego con mas seguridad? ¿Qué significa esa destemplada enemistad y ese encarnizamiento é incesante afan con que persigue á su enemigo hasta en el terreno donde menos podria esperar ser atacado?

Lejos de nosotros la idea de ser ni detractores, ni apologistas del prisionero de Santa Elena; no intentamos bosquejar ni el elogio, ni la crítica de aquel hijo de la fortuna, porque eso seria traspasar el límite que nos hemos propuesto, y abusar de las circunstancias provocando opiniones que aun no han llegado al apetecido punto de la reconciliación; mas lo que no tenemos reparo ninguno de afirmar, porque la verdad pertenece á todas las épocas, y porque siempre es honroso el confesarla, es que Bonaparte (fuese lo que fuese), no tiene exactamente todas las facciones que M. de Chateaubriand le atribuye.

«Dice el autor, que Bonaparte tenia algunos talentos militares, excedidos por los de la mayor parte de sus generales. ¿Qué interés puede haber en rebajar de ese modo un talento tan positivo, un talento tan prodigioso al que la nacion francesa debe indudablemente parte de su gloria? ¿Un talento que los mismos enemigos de Bonaparte no podian menos de confesar en el campo de batalla al verse arrollados por la superioridad estratégica de tan insigne capitán?

«Dice que tenia aduladores asalariados. ¿Por ventura hay algun rey que no haya tenido los suyos aun entre aquellas mismas personas que al parecer se han consagrado á criticar sus acciones? ¿No son acaso esos aduladores mas culpables que los mismos reyes que utilizan su bajeza?

«Si dura algo mas su imperio (de Napoleon), sigue diciendo el autor, la Francia se habria convertido en una caverna de bandidos.» ¿Es decir pues, que se habia desterrado de esta nacion todo cuanto honor y virtud habia en ella? Apreciamos lo bastante á ese país, y no le creemos capaz de olvidarse de su tradicional probidad tan facilmente sacrificándola á la bajeza de un solo hombre por *infernal* que fuese el talento de que este se viera dotado. Puede una nacion someterse á la fuerza de un opresor de quien no le es dado desembarazarse, sin ser por eso cómplice de las iniquidades del tirano que la domina con su cetro de hierro, y es cierto que el imperio habria hecho alarde de sus mas enormes debilidades, de sus mas insaciables deseos, de sus mas devoradoras ambiciones; es cierto, que el egoismo habria seguido apagando el generoso impulso del corazon del reino, sin que esa nacion honrada, sin que esa Francia magnánima y virtuosa se hubiera convertido nunca en una caverna de bandidos. Es tan imprudente el haber sentado esa proposición, como doloroso para todo buen francés el tener que defenderse de ella.

«En diez años ha derramado mas corrupcion que todos los emperadores de Roma juntos.» Este pensamiento es tambien injusto y aun mas exagerado que el anterior; porque supone que todos los franceses estaban ya corrompidos, ó muy cerca de estarlo; menos los que habian tomado la generosa determinación de ir á llorar en el destierro los males y la infamia de la patria, y que diariamente le estaban enviando desde lejos un noble testimonio de su fidelidad, uniéndose con los extranjeros para conspirar contra su gloria y contra su independencia.

«Es un *gana-batallas*; fuera de esa circunstancia, el último de sus generales tiene mas habilidad que él.» No nos parecen dignas de refutación semejantes palabras, pues en sí mismas llevan la justificación de

aquel contra quien fueron escritas. Por lo tanto, solo diremos que si aquel hombre que valia menos que el último general, hubiese por casualidad servido á los Borbones, y mandado algun cuerpo de ejército en defensa suya, no habria tenido un admirador, ni un panegirista mas fervoroso de sus talentos militares que ese mismo Mr. de Chateaubriand que ya que no puede negarle triunfos trata de rebajar su gloria con la palabra de *gana-batallas*.

«No entiende nada de lo que se llama estratégicamente batir la campaña, no sabe mas que marchar de frente; dar saltos. ¿Puede expresarse con mas acerba violencia el encono de un partido, ni el dolor de confesarse vencido? Algo mas considerable es el daño que Napoleon causó á sus enemigos por medio de sus combinaciones estratégicas que el que su detractor le irroga en estos momentos con su pluma. No sabemos si en realidad poseia ó no el arte de *batir la campaña*; pero en recompensa podemos asegurar que poseia en alto grado la ciencia de batir á sus enemigos, bajo cualquier forma que se le presentaran. Por lo tocante á dar saltos, sea que por esta frase se entienda las rápidas é inesperadas evoluciones con que desbarataba los planes de sus enemigos en el campo de batalla, ó sea los fogosos rasgos de imaginación, y las impensadas salidas de tono con que solia expresarse en sus discursos, no podemos menos de decir que no faltarian hombres de mérito que se darian por muy satisfechos de poderlos tambien dar en la actualidad.

«Ha hecho retroceder hácia su infancia, mas bien que progresar la ciencia de la guerra.» Triste elogio de los que fueron vencidos por Bonaparte ¿qué mérito seria el de esos guerreros que tuvieron que huir mas de una vez de sus propias capitales cediendo el campo á un soldado tan ignorante como visón?

«La mediocridad de su alma apareció claramente en el infortunio.» No nos entretendremos en hacer mas citas, pues en esta última campea soberanamente el mas alto grado de parcialidad. No podia ciertamente el coleso aterrado tener al ser conducido hácia Santa Elena el altivo ademán en que apareció despues de la batalla de las Pirámides; mas allí, sobre aquella roca, es donde precisamente ha dado mas que admirar que en los dias de sus mas brillantes triunfos por su calma y su resignación. Por otra parte, ¿cuál es el corazon de bronce que se atreve á criticarle por haberse asomado tal vez una lágrima á sus ojos al ver que le rompian su espada? ¿Por ventura el rostro de Luis XVIII al marchar hácia Gante radiaba de gozo, como al volver á pisar el suelo de la Francia? No lo creemos, y sin embargo al verle huir, nos guardamos bien de agrabar su dolor con una frase irónica ó amarga: cierto es que tuvimos grande satisfacción al ver que nos desembarazábamos de su presencia; mas esta alegría fue templada por el respeto que una nacion generosa debe al infortunio del rey á quien proscriben. Buen cuidado tuvimos de no añadir ni una sola espina á la dolorosa corona que en aquel momento ceñia sus sienas. Dejemos al criterio de otras personas mas autorizadas que nosotros el decidir si Bonaparte fue mediocre ó pequeño en su elevación, y nos someteremos gustosos á su fallo; pero en tanto no creemos que la víctima de la invasión, cuando el mundo entero al caer sobre ella apenas tuvo peso suficiente para abrullarla del todo, sea indigna de nuestro respeto.

Respetemos al hombre cuyas faltas nunca igualarán al castigo con que las ha expiado. El odio debe apagarse, ó por lo menos enmudecer ante la desgracia, y en tales momentos todo el mundo debe ser suficientemente generoso para renunciar al triste empeño de aumentarla.

El autor de estas *Misceláneas políticas* asegura en la primera página de este libro ser muy cristiano—que en obsequio de su fe iria con paso seguro al cadalso; —que explica el Evangelio en favor de la desgracia;

—y que ama á su religion, porque es una religion de caridad. —¿Cómo, pues, sintiéndose animado de este espíritu, persigue con tanto encarnizamiento al hombre que ha caido y que al verlo en la desgracia debería considerarlo como hermano, mayormente cuando aquella religion llena de caridad le manda perdonar á sus enemigos?

Aunque dispuesto á criticar tales exageraciones donde quiera que las encontremos, lo haríamos sin embargo con mucha mayor reserva al refutar la opinión de un hombre político desinteresado y que no describiese una época sino en provecho de la humanidad y para hacer triunfar la virtud. Entonces no nos costaria esfuerzo confesar que la ambición de un solo hombre puede tal vez arrastrar toda una nacion á la desgracia, haciéndole olvidar el sentimiento de su propia dignidad por la especie de embrutecimiento moral en que la haria caer; entonces seríamos los primeros en asegurar que la guerra debe ser el último recurso de que un gobierno ilustrado eche mano ni aun para asegurar la libertad y la dicha de los pueblos; convendríamos con aquel hombre en reprobar todas las tendencias ambiciosas y perturbadoras, todos los indignos abusos de poder, y todas las providencias despóticas, asi como los sacrificios humanos parecidos á los de los tiempos bárbaros, hechos solo para ayudar al logro de una malhadada batalla, y para dar pábulo á las querellas de algunos usurpadores rivales. Uniéndonos á la opinión de aquel hombre confesaríamos paladinamente que la patria aun despues de un largo reposo, está vertiendo sangre de las heridas causadas por sus propias victorias, y que el verdadero honor de una nacion no consiste en las luchas sangrientas y siempre inútiles de poder á poder, sino en la paz y en la tranquilidad, en las sabias instituciones, en las buenas leyes, en la protección dispensada á todos, en el trabajo y en los premios que pueden hacerle prosperar, y por último, en la abolición de injustos y escandalosos privilegios concedidos casi siempre á las personas que mas pueden abusar de ellos empobreciendo ó tiranizando á los demás. Esa es una profesion de fe á que siempre nos seria muy glorioso suscribir; y que en todas ocasiones confesaríamos ser la nuestra. Pero no nos es posible ponernos nunca de acuerdo con los que delante de nosotros mismos abusan de la autoridad de su palabra y de su reputación para hacer que su partido triunfe á expensas de la verdad y la justicia y que á trueque de ver que la victoria se inclina á su lado, no se cuidan de que la gloria y la prosperidad de su país puedan sufrir en lo sucesivo algun percance. Criticaremos con valor y sin consideración de personas á los legitimistas que vengan á decirnos que si los Borbones no hubiesen vuelto á entrar en Francia, se habria esta nacion convertido por último en una caverna de bandidos, y que se atreven á llamar divinos salvadores de la patria á unos reyes, cuyos nombres y cuya conducta son reprobados por la historia imparcial.

Suponen que Bonaparte fue ambicioso y cruel: en ese caso no debe ser considerado mas que como un azote enviado por la Providencia para impedir que aquellos reyes siguieran dominando un país que bajo su cetro se iba embruteciendo, y sobre un pueblo, cuya prolongada y estúpida clemencia lejos de corregirlos no servia sino para inspirarles mas audacia, y hacerles aumentar la lista de sus crímenes. Bonaparte dicen que fue un *gana-batallas*. Sea; pero por lo menos llegó muy á tiempo para rejuvenecer la gloria de la patria que ya estaba espirante y para dar á entender á la Europa que toda la Francia no estaba limitada á unos pocos hombres dispuestos á venderla y á manciplarla. Y aunque Napoleon hubiese sido todo lo que realmente aquellos hombres suponen que fue, ¿seria por eso mas cierto que sus reyes han tenido las virtudes que ellos se complacen en darles? ¿Qué hizo

Luis XVIII en su último advenimiento al trono? ¿Se han borrado ya de la memoria las venganzas infamemente ejercidas sobre ciertos hombres cuyo único delito era haber servido con lealtad y valor á la patria? ¿Se ha perdido ya el recuerdo de los millones que tuvo que sudar el pueblo para dar gracias á la coalición de sus buenos y generosos servicios? Y Carlos X ¿por medio de qué actos brillantes justificará el desprecio con que aparentaba mirar la época del imperio y la confianza que tenia en la restauración que lo habia reemplazado? ¿Observó la nueva ley fundamental de la Francia con mas lealtad que su predecesor? ¿Llevó á cabo sus compromisos con mas sinceridad? ¿Se mostró mas celoso del honor de la nacion y de su independencia? ¿Fue el pueblo mas feliz bajo su reinado que bajo el de Bonaparte que con tanto afan han tratado de desacreditar? A esto nos contestarán que Carlos X fue muy buen cazador. Convenimos en que cada cosa tiene su mérito particular; mas cuando semejante circunstancia llega á figurar entre las brillantes cualidades de un príncipe no puede en nuestro concepto ser sino á falta de otras que poderse mencionar. Fue además muy aficionado á procesiones y no se desdeñaba de asistir á ellas personalmente. Cada cual es libre de entregarse á sus inclinaciones y puede darles toda la publicidad que le acomode; mas ¿quién sabesi solo por ese fervoroso amor al culto exterior sintió aquellas fatales inspiraciones que le hicieron concebir el proyecto de sofocar nuestras libertades? De todas maneras, los hombres que le hicieron entrar en esta senda peligrosa cubriéndola con algunas flores para que no pudiera ver el abismo en que iba á precipitarse, demostraron con nueva evidencia que los mayores enemigos de la monarquía son los que están siempre en torno de ella prometiéndole el apoyo de su amor y de su experiencia. Engañados por el silencio del pueblo, en quien como en un libro deberían estar siempre estudiando los reyes y los ministros, creyeron que el triunfo era seguro; porque nadie se atrevió á levantar la voz en su derredor; creyeron en el envilecimiento y en la inercia de las almas, porque los franceses profundamente heridos por los males de la patria, cerraban espontáneamente los ojos para no verse obligados á vengar injurias, cuya triste evidencia se les hubiera presentado por do quiera. Entonces aquellos sinceros amigos del trono, aquellos custodios de las libertades patrias hicieron firmar al desgraciado monarca las reales órdenes que precipitaron su caída y le pusieron en el camino de la emigración. Dícese que es el pueblo quien consumió la ruina de Carlos X. Eso es una odiosa mentira inventada por los verdaderos causadores de su desgracia. Aquel triste y crédulo anciano no fue víctima sino de los hombres que mantenía junto á su persona, quienes considerándolo como un fantasma de monarquía, quisieron reinar en su lugar, y ostentaron nuevamente á la faz del mundo su arrogante y ridícula impotencia. El pueblo nada mas hizo que defenderse: intentaron tiranizar su pensamiento, poner una mordaza á sus labios, trata-lo como un vil esclavo, y añadir á las cadenas azas pesadas con que estaban amarrados nuevos eslavones mas pesados aun: el pueblo murmuró: su murmullo le causó nuevas miserias. El pueblo amenazó: ¡Ah! se rieron estrepitosamente de sus amenazas. El pueblo sacó bríos de su propia indignación: el furor le dió armas, y cayendo sobre sus temerarios opresores les dió á entender que era muy digno de ser libre, porque sabia comprar la libertad á costa de su sangre.

¿A quién se le debe pedir cuenta de la sangre que inundó por espacio de tres dias á la capital? ¿A una nacion magnánima que se sacrifica por sus derechos inmortales, ó á unos miserables pigmeos vengativos é incorregibles, que considerando la nacion como patrimonio suyo, al pueblo como una bestia de carga, y la libertad de escribir, de hablar y de obrar como una

propiedad exclusivamente suya, provocaron espontáneamente la guerra civil y firmaron el decreto de muerte en medio de una orgía, sin fijar siquiera la atención en lo dudoso de la lucha? ¡Tan insolente y estúpida era su profunda ceguera!

Heróicos defensores de los Borbones, los que encomiais sus virtudes sin olvidaros de las vuestras, los que ponderais los padecimientos que en tierras extranjeras habeis tenido que sufrir, ¿llegará por fin un día en que renunciéis á vuestras injustas pretensiones, y para merecer vuestro perdón os dignéis oír la voz de la prudencia y del arrepentimiento? Creednos, y no os dejéis ahogar ya mas de quiméricas ilusiones! Desde febrero, desde la época en que el pueblo entró como vencedor en las Tullerías, los reyes se han convertido en una cosa imposible para la Francia. No traéis, pues, de imponernos por medio de amenazas ni de vanas promesas. Dejen sus vástagos malhadados, á quienes sin embargo, no acusamos de las faltas cometidas por sus padres, dejen de contar con la herencia de un trono, cuyos últimos restos el pueblo ha arrastrado por el cieno de las calles.

El autor de las *Misceláneas políticas*, á pesar del ascendiente que su talento debía ejercer en las masas, halló muy pocas voluntades dispuestas á seguirle. Pudo reanimar el tibio fervor de algunos legitimistas que sin él se habrían llegado insensiblemente á olvidar hasta del primitivo objeto de su culto, mas no consiguió la gloria de recibir en su campamento muchos desertores, y se distinguió mas por la lealtad con que defendió sus principios, que por los servicios que pudo hacer al joven príncipe, objeto de su adoración. Un hombre vulgar que hubiera manifestado tanto arrebató en sus propias opiniones habria sido perseguido, ó por lo menos se habria convertido en objeto de burla, pues hace ya mucho tiempo que la causa de los reyes no puede sostenerse con la formalidad necesaria para que pueda esperarse alguna probabilidad de triunfo. Pero Mr. de Chateaubriand, merced al glorioso prestigio de su nombre, adquirió con esta conducta nueva celebridad á su política excepcional, y el interés de su reputación, y la voz de su conciencia le inspiraron confianza hasta el último instante.

Mas si todo el mundo está de acuerdo en admirar la constante fe del legitimista creyente tanto como el talento admirable del prosista, otro escritor no menos caro á la patria no ha participado de sus opiniones ni abrigado las mismas esperanzas bajo su bandera. Mr. de Beranger, el cantor idolatrado del pueblo, conservó siempre la mas sincera admiración y el mas entusiasta afecto hacia ese grande hombre; mas al ver que este corría á su ruina por su adhesión á la causa de los Borbones, le dedicó unas estancias en las que se pintan con admirable perfección las diversas opiniones de esos dos eminentes escritores. El lector nos permitirá que le presentemos algunas de ellas, aunque despojadas del mágico halago de una sonora versificación.

«Chateaubriand, ¿por qué huyes de tu patria? ¿Por qué huyes de su amor, de nuestra admiración y de nuestra ternura? No la oyes exclamar con dolorido acento: ¿en mi brillante cielo se echa de menos una estrella?»

«Al volver la familia de los antiguos reyes, Chateaubriand, que siempre ha sido el mas religioso apoyo de su cetro creyó que los Borbones adoptarían por hija la libertad, cuya nobleza no necesita de antiguas alcurnias.

«Era la época en que fecundando la historia, la terrible espada, terror de las naciones, brillaba en el astro de la gloria y hacia llegar hasta nosotros sus rayos.

«Chateaubriand empleó su elocuencia en obsequio de aquellos reyes, y á manera de un genio benéfico derramaba con su encanto flores y perlas sobre el an-

tiguo trono cuanto mas manchado se veía de orin.

«Pero al mismo tiempo conservaba la memoria de nuestros derechos, y los insensatos dijeron: el cielo en que habita ese hombre es hermoso; arrojémosle y apaguemos su gloria como se apaga una antorcha en medio del día.

«Y quisieras tú acompañarles ahora en su caída! Acaba ¡ah! de comprender su orgullo insensato. En el número de males que su ingrato corazón imputa al mismo cielo, cuentan tu lealtad.

«Sirve, sirve á ese pueblo que lucha contra su orgullo, ese pueblo, admirador de los grandes talentos que al triunfar en las barricadas te llevaba como un trofeo en sus brazos llenos de cicatrices.

«No te consagres mas que á su causa: en su nombre te conjura mi voz á que vuelvas cuanto antes despues de tan triste despedida. La causa es santa, y todo hombre grande consagrado al pueblo, es un enviado de Dios.»

Nadie mejor que Mr. de Beranger habria podido tener la gloria de arrancar á Mr. de Chateaubriand de su idolatría, si esto hubiese sido posible; pues nadie podia pintarle de un modo mas dedicado su amor á los Borbones y reprimirlo con mas elegante finura, mas estaba decretado que muriera como habia vivido, es decir, siendo leal á los principios de su familia, sin hacer caso de todas las razones que en el curso de su agitada vida se le habian presentado para desertar del ara de sus falsos dioses y justificar su apostasía ante el tribunal mas severo. La indiferencia con que los Borbones pagaron el afecto de un hombre tan ilustre demuestra cuán indignos son de tener á su servicio un defensor tan generoso y constante. Pero sigamos adelante con nuestras reflexiones.

Mr. de Chateaubriand se deja llevar á igual extremo de fanatismo al hacer el elogio de los Borbones que al difamar á Bonaparte: de manera que no podemos menos de preguntar con admiración cómo se engañó tanto en sus juicios un hombre tan insigne, suponiendo, como debemos suponer, que no quiso hablar de los hombres y de las cosas mas que con arreglo al espíritu de justicia y de sinceridad. Despues de haber perseguido á su víctima hasta en el fondo del destierro, despues de haberle lanzado la última maldición sobre su dolorosa roca, viene precipitadamente á incensar á su rey al pié del trono. No acertamos á comprender por qué razón Chateaubriand, despues de haber descargado toda su indignación sobre los aduladores de Bonaparte, puede convertirse espontáneamente y con la mayor exageración en adador de su monarca. Nada de particular tiene que le ame, ni que le suponga capaz de hacer la felicidad de su patria; pues esa es la conducta que debe observar todo vasallo sincero y leal; pero donde campea particularmente su espíritu de partido es cuando poniéndolo en paralelo con Bonaparte, dice que aquel descendiendo de una raza divina, que es inaccesible á todo espíritu de venganza, así como á toda preocupacion, y que está dotado de vastos talentos, adornados de profunda elocuencia. Finalmente Luis XVIII en concepto de Chateaubriand es el amigo de las letras: tiene las ideas, la moderación y el buen sentido necesarios á un monarca; al llegar á París le saludó todo el pueblo postrándose de rodillas, besó sus vestidos y derramó torrentes de lágrimas de regocijo, de ternura y de agradecimiento. El señor conde de Artois es un modelo de sincera lealtad distinguiéndose particularmente por su piadosa ternura y bondad, así como por su carácter eminentemente francés. El señor duque de Angulema es el heredero de las virtudes del Bearnés: no han visto los ejércitos franceses caballero mas bizarro que el duque de Berry, y por último el señor duque de Orleans ostenta uno de los mas ilustres nombres de Francia. Despues de ese retrato de la familia real, trazado por un autor enemigo de los aduladores, sigue

esta frase acerca de cuyo sentido no podemos menos de llamar la atención del lector. «Si nuestros legítimos soberanos llegaran á faltarnos, el último de los franceses debería ser preferido á Bonaparte para sentarse en el trono: con él por lo menos nos libramos del baldón de tener que obedecer á un extranjero.»

Mas de una vez debió Mr. Chateaubriand arrepentirse durante su vida de haber pronunciado tan extrañas palabras. Muy pernicioso sería tomarlas en su sentido literal, si es que hay un alma tan apocada que sea capaz de hacerlo.

No se limita el autor á celebrar el regreso de su rey, sino que felicita también á los aliados por sus triunfos que en su concepto no son mas que una lección que el cielo da á la Francia sin reducirla por eso á la humillación, y siendo justamente merecida, debe darse por satisfecha de su vencimiento.

«Los aliados, dice el autor, son unos libertadores pacíficos y no unos conquistadores: vienen á inmortalizarse dando al mundo un notable ejemplo de moderación en la victoria. ¡Que de injurias tenían que vengar! Mas han sabido no confundir á los franceses con el tirano que los oprimía, mereciendo por eso recibir el premio debido á su magnanimidad, y siendo recibidos de los habitantes de París como si hubiesen sido nuestros verdaderos soberanos, como unos príncipes franceses, como Borbones. Somos demasiado sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de una manera tan noble y ostensible nos recuerda las virtudes de nuestro Turena.»

¡Como pudo Mr. de Chateaubriand sofocar hasta este punto todo sentimiento de nacionalidad! ¡Los aliados pacíficos libertadores! ¡Que han sido recibidos en Francia como sus legítimos soberanos, como los Borbones! ¡Ah! ¡Teja guirnaldas el que no sea amigo de la Francia para adornar la frente de esos inmortales! ¡Levante un templo á la memoria de Wellington!... Nosotros los que hacemos justo alarde de amar á nuestra patria nunca podremos contemplar sin dolor sus padecimientos; y nos guardaremos bien de llamar héroes y bienhechores á los que ayudados por la traición han interrumpido el curso de las victorias de la Francia volviéndola á poner bajo el yugo de los pérfidos monarcas de cuyo cetro habia logrado redimirse.

A pesar del respeto que el autor de las *Misceláneas políticas* nos inspira, no podemos menos de experimentar un profundo sentimiento de admiración y tristeza al ver cual se regocija de las calamidades que caen sobre su país y cual colma de bendiciones á los que la cubren de luto y de afrenta. No nos es difícil comprender que su ilusión fanática no encuentre un personaje mas bello ni magistoso que su rey; aguantamos sin soltar la risa que nos diga con toda formalidad que la cabeza de aquel monarca es magnífica; que su mirada es á la vez propia de un rey y de un hombre de talento, y que al verle, sentado en su silla de brazos, teniendo el bastón entre las rodillas casi cubiertas con los anchos botines de terciopelo encarnado, podría decirse que se está viendo á Luis XIV á los 50 años de edad. Nada hay de reprehensible en todo esto; pues en efecto cada cual puede ver los hombres y las cosas á su manera, y por lo tanto Mr. de Chateaubriand es muy dueño de encontrar expresiones de nobleza, de magestad y de arrogancia en la actitud de un monarca gotoso y obeso, solo porque tiene su bastón entre las rodillas y lleva botines segun la moda antigua. Puede hasta cierto punto consentirse que cada cual se obceque por lo tocante al mérito de sus parciales, ó de las personas amadas: eso es una flaqueza propia de nuestra índole, y nadie se libra de tener sus ídolos mas ó menos dignos de admiración y alabanzas; pero lo que aflige á todo corazón generoso y sensible, y mas bien dicho, á todo corazón honrado, que ama ante todo á la patria, y desea su gloria y felicidad, es ver que un hombre de

talento se adorna con orgullo de la librea que le manda poner el extranjero, besa servilmente la mano que remacha los grillos de la nación, canta himnos á la odiosa conquista, cuando debiera entonar cánticos de dolor sobre las ruinas de su patria y ofrecer una fúnebre corona á las libertades hundidas en la huesa. «Todo hombre grande es un enviado de Dios cerca del pueblo que padece,» le decía en otro tiempo Mr. de Beranger. Palabras tan interesantes como sublimes que lo fueron inspiradas por un sentimiento enteramente contrario. En vez de aprovechar Mr. de Chateaubriand en beneficio del pueblo afligido y humillado la vasta capacidad que recibió de la Providencia, usó de ella como de una arma contra ese pueblo, añadiéndola á las bayonetas de los cosacos, como si la Francia no hubiese tenido bastante que lamentar al ver sus campañas arrasadas por los ejércitos aliados.

¡Oh patria! Es tan dulce y decoroso el amarte y servirte! Es tan natural al armarse en defensa tuya! ¿Es posible que haya franceses que traten de aumentar su celebridad personal halagando á los que te deprimen, y manifestando deseos de que vayan siempre sus pasos acompañados de la victoria? Afortunadamente esos hombres no son tan peligrosos como parece: todo el mundo se rie de su vanidad ó compadece su demencia, nadie sigue sus pérfidos consejos, y todos corren á unirse en torno de las banderas, cuyo lema, *Patria y honor*, ha sido siempre un objeto sagrado para todo buen francés.

M. de Chateaubriand nos hace luego una pintura del reinado de Luis XVIII como lo mas grande, glorioso y afortunado que las edades han visto. La Francia se hallaba desolada; aquel monarca le prodiga consuelos; estaba llena de humillación, Luis XVIII la enalteció con su poderosa mano; las artes gemían en el olvido y en la esclavitud, él las hizo florecer como por encanto, y bajo la protección de su cetro produjeron nuevas maravillas. La nación se veía abrumada de deudas y de miseria; todo se ha pagado, para todo hubo remedio bajo la protectora influencia de aquel, cuya voz dictaba leyes volviendo á poner en circulación todos sus recursos, dando nuevo pábulo á su fecundidad. No dice una palabra el autor acerca de aquellas borrascosas turbulencias parlamentarias que turbaron la tranquilidad de aquel pacífico reinado, ni habla tampoco de aquella enorme indemnización que hubo que firmar en favor de los aliados para pagarles á precio subido la pólvora que quemaron contra la triste patria y el malhadado servicio que hicieron entrando en la capital. ¡Ah! Si Luis XVIII en vez de consultar á sus ministros, hubiese tratado de saber la opinión de la Francia, de esa Francia que jamás se ha negado á pagar sus deudas, ella le habria dicho lo que creía deber al extranjero, y este no hubiera tenido mas remedio que contentarse: la nación le habria dicho por boca de sus hijos al débil monarca. «Señor, os sostenemos, porque la paz es el mayor bien que apetecemos, y porque no confiamos en que otro que se coloque en vuestro puesto nos dé tampoco elementos de mayor felicidad; porque los reyes son todos exactamente parecidos en lo de ser fatales enemigos de sus vasallos, os sostenemos, porque hallándonos ya cansados de todo, hasta de gloria de que en realidad tenemos sobrada abundancia, no queremos vivir ya en lo sucesivo mas que de amor y de inteligencia; pero, por favor, no nos hagais pagar á nuestros enemigos las lágrimas que nos cuestan, los perjuicios que nos han causado, y las infames traiciones á que hemos tenido que sucumbir.» Así hubiera hablado la Francia; pero ¿merecía que se consultara su opinión? No sin duda, y por otra parte, ¿cómo habian de llamarla para testigo de las maquinaciones que contra ella estaban tramando?

¡Ah! Si: alaben ese reinado glorioso y los brillantes